

RECENSIÓN BIBLIOGRÁFICA

Lo que hacen los mejores profesores universitarios, por Ken Bain. Trad. Óscar Barberá. Valencia: Universitat de Valencia, 2007. Pp 229. ISBN 978-84-370-6669-1.

Ken Bain, director del *Center for Teaching Excellence* de la *New York University*, ofrece en su libro los resultados de un estudio de quince años sobre 63 profesores extraordinarios, de 40 disciplinas diferentes, que enseñan en una cierta cantidad de universidades. La información sobre los docentes estudiados se obtuvo (a) de entrevistas, (b) de la presentación de sus ideas sobre la enseñanza, (c) de materiales escritos en relación con las asignaturas, (d) de observaciones de su docencia, (e) de las producciones de los estudiantes, y (f) de comentarios hechos por colegas. La investigación estuvo direccionada a cuatro áreas: (a) los objetivos de aprendizaje, (b) la promoción de esos objetivos, (c) la evidencia de éxito en el logro de esos objetivos y (d) la contribución de métodos al aprendizaje. El estudio, en definitiva, se buscó ampliar la comprensión que se tiene sobre la docencia que logra un “aprendizaje excepcional”, es decir aquella que tiene éxito en conseguir el desarrollo personal e intelectual de los estudiantes.

Por excelencia docente, el autor del estudio entiende el éxito en ayudar a los estudiantes a aprender (p. 15), de tal manera que los alumnos quedaban satisfechos, interesados en la asignatura y con deseos de seguir aprendiendo. Precisamente el estudio se ocupó de profesores que aportaron una evidencia clara de que ayudaban y animaban a sus estudiantes a aprender (p. 19). Esos profesores ejercían una influencia perdurable sobre la manera de pensar, actuar y sentir de los estudiantes (pp. 20, 28, 35). El libro propone aprender de tales profesores exitosos (p. 22).

Una vez identificaron los profesores de éxito, se los estudió a la luz de seis cuestiones generales: (1) ¿Qué es lo que saben sobre cómo aprendemos? (2) ¿Cómo preparan las clases? (3) ¿Qué esperan de sus estudiantes? (4) ¿Cómo dirigen la clase? (5) ¿Cómo tratan a sus estudiantes? (6) ¿Cómo evalúan a sus estudiantes y a sí mismos? El libro dedica un capítulo a cada uno de estos interrogantes.

Respecto de lo que saben y entienden los mejores profesores acerca del aprendizaje, se dice que los profesores tenían un conocimiento cabal y actualizado de sus disciplinas, de su desarrollo histórico, al mismo tiempo que ayudaban a los estudiantes a pensar en forma *metacognitiva*. Se define el conocimiento como una construcción progresiva de nuevos modelos intelectuales de la realidad a partir de los modelos mentales disponibles. A esto se denomina aprendizaje profundo. A los fines de esta construcción de conocimiento se atribuye una importancia esencial a las preguntas cruciales que organizan la información y a la curiosidad natural de la mente humana. Estos buenos profesores apelaban al interés y a la motivación intrínseca, creando lo que el autor llama “un entorno para el aprendizaje crítico natural” (p. 58).

Acerca de la preparación de las clases, el estudio mostró que los profesores pensaban en términos de objetivos del aprendizaje, a fin de diseñar un entorno atractivo para los estudiantes. Se preguntaban sobre lo que ellos debían ser capaces de hacer como resultado del aprendizaje, sobre la manera de ayudarlos en el desarrollo de esas habilidades, sobre la forma de entender su progreso y de evaluar los esfuerzos docentes en el logro de ese aprendizaje. En otras palabras, el estudio mostró que los profesores planificaban hacia atrás, comenzando con los resultados esperados (p. 63). Tenían en cuenta los cambios necesarios en los modelos mentales, así como los intereses y preferencias de los estudiantes y estaban dispuestos a realizar cambios. Sabían que para lograrlo debían ayudarlos a aprender, a razonar, a leer con capacidad de análisis, a pensar en forma continua. Proveían a los estudiantes de los estándares que les permitía medir su propia experiencia de aprendizaje.

El estudio mostró que los mejores profesores esperaban más de sus estudiantes, manifestaban un interés individual en ellos y una confianza realista en su capacidad. Rechazaban el empleo del poder y dejaban en sus manos el control sobre su propia educación (p. 88). Más que un cúmulo de informaciones, estos docentes buscaban cambios intelectuales y emocionales, apuntando al ser y al hacer de los estudiantes. Los profesores estudiados desafiaban el pensamiento, planteaban preguntas, cuestionaban conceptos y ayudaban a los estudiantes a reconstruir su manera de pensar. Para ellos, la comprensión, el razonamiento, las percepciones, eran más importantes que la memoria, el orden, la puntualidad o la pulcritud. La meta principal no era aprobar, sino pensar en objetivos de desarrollo.

La investigación se había propuesto estudiar el quehacer de los profesores en sus clases y encontró como respuesta que dichos docentes creaban un determinado ambiente para el aprendizaje. Ese aprendizaje respondía a siete principios: (1) un entorno para el aprendizaje crítico natural, obtenido con

diversas técnicas y variados métodos (enfoque interdisciplinario, actividad intelectual superior y respuestas a preguntas); (2) conseguir la atención de los estudiantes y no perderla; (3) comenzar con los estudiantes en lugar de con la disciplina; (4) la búsqueda de compromisos; (5) ayudar a los estudiantes a aprender fuera de clase; (6) atraer a los estudiantes al razonamiento disciplinar (comprender, aplicar, sintetizar y evaluar); (7) crear experiencias de aprendizaje diversas (visuales, auditivas, verbales, de reflexión, etc.). Adicionalmente se comprobó que los buenos profesores se caracterizaban por: (a) una buena oratoria (en tono de conversación, con ritmo variado, lenguaje cálido y buenas explicaciones) y (b) por dejar que hablen los estudiantes.

En cuanto al trato de los profesores estudiados hacia los estudiantes, éste se caracterizó básicamente por la confianza y la amabilidad. Eran profesores de personalidades diferentes, pero que creían que sus estudiantes querían y podían aprender. Se encontraron evidencias de un cierto patrón de creencias, actitudes, conceptos y percepciones, como su preocupación por el aprendizaje, su flexibilidad en cuanto a las reglas, su rechazo al poder, su franqueza y generación de confianza, así como su humildad, cortesía y dignidad.

Los resultados mostraron elementos comunes respecto de la evaluación de los estudiantes y de los propios docentes. Estos profesores valoraban sistemáticamente el aprendizaje, la forma de pensar, el desarrollo intelectual y personal, los cambios producidos, y sus propios esfuerzos por facilitarlos. Tanto la evaluación como la calificación estaban centradas en el aprendizaje, no en el rendimiento y el proceso respondía a los objetivos propuestos. Muchas veces se planteaban las preguntas principales en el comienzo de las clases. En todo caso la información obtenida estaba destinada a ayudar a los estudiantes, no a culparlos. Los exámenes solían ser acumulativos. Dice el autor del proyecto: “Al final, sentimos que una de las lecciones más importantes de este estudio es que la docencia debe juzgarse utilizando una perspectiva que parta del aprendizaje” (p. 185).

El autor manifiesta en la sección final de la obra su convicción de que es posible aprender de los mejores profesores, sobre todo a concebir la enseñanza como ayuda y estímulo para el aprendizaje de los estudiantes. En todo momento rescata un modelo docente centrado en el aprendizaje y no en la transmisión de conocimientos. Sostiene que “la enseñanza sólo tiene lugar cuando hay aprendizaje” (p. 193) y que toda la investigación estimula la creación de entornos adecuados para dicho aprendizaje.

El lector del libro de Ken Bain no encontrará recetas fáciles ni fórmulas mágicas que conducen a la excelencia docente. Hallará más bien un esfuerzo

de comprensión de patrones comunes en el quehacer de los buenos profesores. Más que respuestas sencillas, se topará con una enorme cantidad de preguntas provocativas de la propia reflexión. Podrá resultar reconfortante comprobar que los docentes exitosos son muy diferentes unos de otros, y que no son perfectos; al mismo tiempo que todos ellos están enfocados en la prosecución de un entorno que promueve el aprendizaje. Lo más loable, tal vez, de todo el trabajo sea la concepción del aprendizaje como modificación de la forma en que los estudiantes razonan, actúan y sienten, bajo la influencia de una intervención docente de excelencia.

Daniel Oscar Plenc
Universidad Adventista del Plata,
E-mail: ciwdirec@uapar.edu